

Ceremonia Jorge Larraín
Martes 15 de mayo de 2016
Pedro Milos

La contribución que Jorge Larraín ha hecho a la Universidad no es sólo académica, en términos estrictos, relacionada con sus desarrollos teóricos e intelectuales, que acaban de ser puestos de relieve por Aldo Mascareño. Su aporte también ha sido relevante en el proceso de construcción y conducción de la universidad, desde su fundación misma. Se me ha solicitado que destaque lo esencial de esta contribución. En particular, de los diez últimos años -2006 a 2016- en que Jorge ha desempeñado la función de Vicerrector académico, primero, y Prorector luego. Período en que, además, he tenido la suerte de trabajar estrechamente con él.

Hay frases, ideas, creencias que forman parte del sentido común y que nos ayudan a no tener que estar permanentemente buscando maneras de nombrar e interpretar lo que vemos o lo que sentimos. A propósito de nuestro cambio de rector y del término de las funciones de Jorge, ambos parte esencial de nuestro patrimonio académico y simbólico, en las últimas semanas una de esas afirmaciones aceptadas por el sentido común me ha rondado. Se trata de aquella que dice: “las personas pasan, las instituciones quedan...”.

Como no estaba seguro si esa creencia era pura y anónima sabiduría humana o había alguien detrás, fui raudo -como no en estos tiempos- a verificarla en la red. Según se dice, esta idea provendría de Jean Monnet, uno de los fundadores de la unión europea, y que su expresión completa sería más larga porque incorpora un fundamento. Dice así: “los hombres pasan, pero las instituciones quedan; nada se puede hacer sin las personas, pero nada subsiste sin instituciones”.

Quizás por este motivo es que **la primera idea que quiero compartir con ustedes es que Jorge Larraín ha sido pieza clave en el proceso de institucionalización de nuestra universidad.**

Desde el inicio de la universidad Jorge asume responsabilidades de dirección y de gestión académica, dirigiendo, a partir de 1996, el Departamento de Ciencias Sociales y creando las carreras de Sociología primero, en 1997, y de Trabajo Social, después, en 2002. Resultado de este mismo esfuerzo disciplinar nacerá, luego, la propuesta y concreción del doctorado en Sociología, en 2006, primer doctorado de la universidad.

Sin embargo, será un poco después cuando le corresponderá, desde que asume como Vicerrector académico, en abril de 2006, plasmar un cambio fundamental en la estructura organizacional de la universidad, como lo fue la creación de las facultades y, al interior de ellas, los departamentos y escuelas. Recordemos que en agosto de 2006 se crean cinco facultades, dejando pendiente la sexta para 2008. Los antiguos departamentos de Ciencias sociales, Derecho, Economía, Educación y Filosofía y humanidades, pasan a ser las nuevas facultades, que, a su vez, donde y cuando correspondiera, transforman sus ‘áreas’ en los nuevos departamentos o escuelas. Todo este proceso de institucionalización de la estructura académica de la universidad siguió las orientaciones de un documento, a estas alturas, histórico: “Estructura de facultades”, del mes de

mayo de 2006, que lleva su nombre y que -cómo no- está impreso en Courier 12. Prueba irrefutable de autoría. Otros documentos claves de este proceso de institucionalización, que dirigió Jorge, fueron los documentos: “Composición y atribuciones del Consejo académico” y “Reglamento de contratación de académicos”. Pilares todos de lo obrado en estas materias desde 2006 en adelante. Luego vendrá el “Reglamento de nombramiento de decanos y directores de departamentos, escuelas, institutos y centros”, en 2007 y las normas que regirán la promoción académica.

En segundo lugar, le corresponde también implementar y completar la segunda ola de nuevos programas de pregrado, que en su gran mayoría habían sido creados en 2005 y que comienzan a implementarse en 2006. En ese momento, entre 2005 y 2006, la universidad pasa de 10 a 20 carreras de pregrado, lo que se ve reflejado en un salto en su matrícula total, que se incrementa de 529 estudiantes en 2005, a 943 en 2006 y a 1.159 en 2007. En los años siguientes se sumarán otros programas hasta llegar a los actuales 32. En el área de postgrado, por su parte, en el período 2006 y 2012 se aprueban 14 programas de magister, creándose la Dirección de postgrados y Educación Continua en el año 2008. La investigación, por su parte, será reforzada como un área específica y estratégica, a partir del claustro del año 2007.

En tercer lugar, fue durante todo el período que dura su gestión directiva que se instala y extiende la nueva práctica de acreditación de programas y de acreditaciones institucionales, como estándar de calidad reconocido por el sistema. Su gestión estuvo marcada por dos grandes logros: la primera acreditación institucional por 5 años, en tres áreas, en 2009; y, luego, por cinco años en cinco áreas, en 2015.

Qué duda cabe, entonces, acerca de la relevancia que la función directiva ejercida por Jorge Larraín tuvo en el proceso de institucionalización académica de la universidad. Buena parte de las acciones e iniciativas emprendidas durante su ejercicio, dan cuenta de la composición y fisonomía actual de la Universidad Alberto Hurtado.

Una segunda idea que quiero compartir es que **este conjunto de realizaciones institucionales que hemos reseñado, están signadas por una determinada visión de lo académico de la cual Jorge Larraín forma parte activa.** Se trata de una visión particular, consistente y acorde con el proyecto universitario de la UAH, que a mi juicio -de carácter especulativo ya que no tengo más evidencias que ciertos rasgos biográficos- tiene su fundamento en dos características de la trayectoria académica de Jorge.

La primera característica surge de su experiencia académica que, como toda experiencia humana, está marcada por el tiempo y por el lugar. Jorge se inicia académica e intelectualmente en Chile en la segunda mitad de los años sesenta, en un tiempo en que las universidades nacionales y de la región reforzaban la dimensión del compromiso político y de la pertinencia histórica de su función. El CEREN, Centro de estudios de la realidad nacional, donde se desempeñó como investigador y dictó algunas clases, hasta julio de 1973, fue la cuna académica que dejará una marca importante

en el resto de su carrera: creación de conocimiento y transformación de la realidad van de la mano como lo van también la pasión intelectual y el compromiso social y político. Este sello original en su formación como académico se verá luego enriquecido por otra experiencia, no sé si en las antípodas, pero que pondrá el acento en otros aspectos del desarrollo académico: las universidades inglesas en las que se formó y luego trabajó (en Sussex, primero, entre 1973 y 1976) (y en Birmingham, luego, a partir de 1977 y hasta 1995). Es dable imaginar que los aprendizajes de esa etapa fueron el rigor académico y la libertad de pensamiento; la disciplina individual y la creación dialogada y colectiva; la vocación disciplinar y la amplitud interdisciplinar... Pienso que la síntesis de estas dos vertientes universitarias, la latinoamericana comprometida de los años sesenta setenta y la del rigor y sobriedad académica inglesa en los ochenta, formaron en Jorge Larraín una particular y rica manera de entender y de practicar la academia, que ha estado a la base de su contribución a nuestra universidad.

Una segunda característica de su trayectoria académica, es que siendo un investigador de excelencia nunca perdió contacto con la docencia ni tampoco rehuyó las responsabilidades de dirección y gestión. En el contexto de una trayectoria académica guiada por la investigación y cimentada en una notable producción intelectual, Jorge da cuenta de una aproximación a la formación que la valora como algo propio y necesario en cualquier académico o académica. Una vocación formativa expresada como práctica individual -enseñar, dar clases- así como también en la responsabilidad por el desarrollo disciplinar -crear programas de formación, tanto de pregrado como de postgrado-. Jorge Larraín junto con ser un gran investigador es también un reconocido profesor, un formador. Durante años ejerció la docencia en Inglaterra; de hecho, tras los primeros años en que la investigación estuvo en el centro de su formación y ejercicio académico, vinieron luego diez años en que la docencia ocupó parte importante de sus energías. Cuando ya su familia había regresado a Chile, continuaba dando clases en Inglaterra, con intervalos donde también daba cursos acá. No es casualidad entonces que, incorporado ya en la UAH, haya impulsado la creación de programas de pregrado, como lo hiciera antes en Inglaterra con el grado en Estudios culturales.

Lo mismo respecto de la creación, gestión y dirección de unidades académicas, que tampoco resultan ajenas a su vida como investigador y académico. En Inglaterra, en la universidad de Birmingham, fue parte primero del Departamento de Sociología, al cual se incorporó, a través de un concurso público, y donde además de sus labores académicas, estuvo a cargo de las admisiones de postgrado. O, luego, creando en 1988 el Departamento de Estudios culturales, del cual fue su primer director, ejerciendo como tal durante cinco años. Y en Chile dirigiendo el departamento de Ciencias Sociales, ejerciendo la Dirección de investigación y posgrados de la universidad y asumiendo luego la Vicerrectoría académica y, finalmente, la Prorectoría.

Estas dos características biográficas hacen, a mi juicio, que Jorge Larraín, más allá de su aspecto y de ser reconocido como tal, no sea un académico clásico. Sus juicios, sus proposiciones, sus prioridades, expresado todo ello en comportamientos y en toma de posiciones cotidianas más que en discursos grandilocuentes, expresan una manera 'política', en sentido amplio, de entender la academia. Una academia que no tiene un sentido y un fin en sí misma, sin que ello signifique que

tenga que estar a merced de otros fines que no sean el conocimiento. Una academia que en su valor agregado se debe a la sociedad de la cual forma parte. Una academia que no se consume en el tiempo presente sino que se proyecta a través de su organización y sus procesos. En este sentido, el aporte de Jorge a las capacidades de dirección de nuestra universidad ha llevado ese sello, esa cualidad.

La tercera y última idea o reflexión que quiero compartir **tiene que ver con las huellas, con lo perenne o duradero de los aportes que las personas hacen a las instituciones.** Se refiere también a la trascendencia de los aportes realizados por Jorge Larraín a la Universidad Alberto Hurtado.

Los historiadores algo creemos saber sobre esto de las huellas, de las trazas... Por una parte, son los vestigios directos de los acontecimientos pasados, aquello que nos muestra lo sucedido, las fuentes como les llamamos. En este caso, por ejemplo, se trataría de la documentación que da cuenta de la acción que Jorge, en las responsabilidades que ejerció, realizó durante los últimos diez años. En su búsqueda, fuimos a los documentos, de modo directo al archivo que Flor Gallardo, paciente y previsoramente, ha ido conservando. Allí encontramos una primera dimensión de la historia, de allí surge una primera topografía de la de lo obrado y su primera trascendencia.

¿Saben ustedes cuántas resoluciones llevan su firma como vicerrector académico? ¿Cuántas cartas de estudiantes respondió en estos años? ¿Qué cantidad de programas de pregrado fueron creados durante su ejercicio? ¿Y cuántos de posgrado? ¿O reglamentos y procedimientos, muchos de los cuales salieron de su puño y letra? Pues bien, escuchen:

Entre 2006 y 2012, años en que Jorge Larraín ejerció como vicerrector académico, hay 47 resoluciones relacionadas con la gestión académica que llevan su firma; en ese mismo período dio respuesta a 902 cartas internas, principalmente de estudiantes que buscaban solución a algún problema que los aquejaba; si se considera también su período como Prorector, se crearon alrededor de 35 programas de formación, tanto de pre como de postgrado; se aprobaron o modificaron 7 reglamentos; se crearon 8 departamentos y escuelas; 144 académicos y académicas fueron categorizados...

Estas primeras huellas son la constancia de una serie de actos de institucionalización. ¿Estos actos son sólo responsabilidad de quién firmó o de quienes los firmaron? Ciertamente no, pero hay allí una impronta... Estas huellas, sin embargo, que nos abren la puerta a lo sucedido, no siempre nos develan o iluminan los por qué y los para qué.

Para comprender las razones y sentidos hay que ir más allá. Y al hacerlo, descubrimos otro tipo de huellas, aquellas que a través de los recuerdos permanecen, muchas veces, como piedras aisladas, que sin saberlo se constituyen en soportes para cruzar, pisando de una en otra, un río que parecía infranqueable. Son huellas que se hunden y permanecen en otros registros, el de los afectos, de las emociones, de la experiencia compartida, del error no previsto, del acierto reconfortante de la relación interpersonal. Aquí la estadística no nos sirve... No sabemos cuántas conversaciones con

Jorge estuvieron destinadas a permanecer, cuántos consejos o desacuerdos entraron a la posteridad, ni mucho menos cuantas de sus decisiones y propuestas adquirirán sentido en mucho tiempo más. Sí sabemos, en cambio, de su humanidad. Todos quienes hemos colaborado con él fuimos objeto de su confianza y testigos del respeto por el otro, por lo que piensa, por lo que hace, por lo que cree. Este cuidado por las personas, característico de su modo de gestión y liderazgo, forman parte también de sus huellas.

Las trazas son, entonces, lo que permanece, lo que perdura; y su naturaleza, como hemos visto, es muy variada. Las huellas que Jorge ha dejado, en este sentido, son numerosas y de gran valor.

Pero hay otro tipo de huellas, que son las que marcan el camino transitado y que inducen la senda a seguir. Tal vez son las que los seres humanos más valoramos, ya que no sólo hablan de nuestra incidencia pasada sino del aporte por venir, de la vigencia futura, de la importancia de nuestros aportes como personas a la institución. ¿Hasta qué punto el camino recorrido anticipa o garantiza la claridad del rumbo futuro? Las instituciones raramente pueden doblar en ángulo recto o girar en 180 grados. Las personas, en este sentido, van construyendo las sendas que siguen las instituciones. Qué duda cabe que las huellas de nuestro caminar en los últimos años, de las cuales Jorge ha sido parte fundamental, están destinadas a continuar señalando, sino el camino exacto sí la dirección y el sentido.

En suma, lo que he querido compartir con estas tres reflexiones es que Jorge Larraín no sólo ha sido clave en los actos de institucionalización de nuestra universidad, sino que también supo poner su sello en el modo de entender la academia y la universidad. Sus huellas, por lo tanto, están destinadas a permanecer: tanto porque ellas han marcado la universidad que somos, como porque señalan sendas que debemos continuar y profundizar. Razones todas que son parte de los merecimientos del otorgamiento de la categoría de Profesor emérito de la Universidad Alberto Hurtado, máxima distinción académica de nuestra universidad.

Querido Jorge, estimado Prorector, hace unos días, un poco en broma, un poco en serio -esa forma de comunicarnos que nos resulta tan natural y eficaz- te pregunté -al modo de un cuestionario cerrado- si lo que estabas viviendo:

- (a) se correspondía con lo que habías imaginado,
- (b) si, por el contrario, era muy distinto a lo que imaginabas,
- (c) si tal vez habías llegado a este momento sin haberte preguntado cómo iba a ser..., o
- (d) ninguna de las anteriores (como a ustedes los sociólogos les gusta agregar...)

Después de reírte y pensarlo un rato me contestaste que muy pocas veces las cosas sucedían como uno las imaginaba..., que la realidad siempre nos sorprendía.

Así es y, tal vez, así debe ser.

En cualquier caso, queremos pedirte excusas por no haber sabido -estoy seguro- acompañar y reconocer este momento en todas sus dimensiones y complejidad. Como dice el bolero, “no es falta de cariño...”. Muy probablemente sea torpeza, precipitación, ignorancia... Sin descartar, por cierto, un exceso de institucionalización, en un campo en que las personas son insustituibles.

Jorge Larraín Ibáñez, muchas gracias por tu entrega a la universidad, por tu aporte a este caminar de más de 18 años y por tu amistad.

El camino que viene, la nueva huella que compartiremos, esa, la iremos haciendo al andar.

Muchas gracias.